

NUNN, John F. *La medicina del antiguo Egipto*. México, Fondo de Cultura Económica, 2002. (trad. Marco Antonio Pulido) 288 p., ilustr. ISBN 968-16-6419-12.

Esta obra, traducción de *Ancient Egyptian Medicine* [London, British Museum Press, 1996], está dirigida a una amplia gama de lectores: doctores, biólogos, historiadores de la medicina y egiptólogos y ha sido la intención del Dr. Nunn, médico de profesión, “escribir un libro que pueda ser inteligible a todos” (p. 8). Se puede decir que el autor ha logrado su propósito. Por la cantidad de información, la diversidad de enfoques y la abundancia de ilustraciones, la obra de Nunn se constituye en una suerte de síntesis enciclopédica de los conocimientos actuales sobre la medicina de los antiguos egipcios.

El recorrido de Nunn se inicia con consideraciones generales acerca de la geografía y la historia de Egipto en relación con la alimentación y la medicina, la producción y el consumo de alimentos y algunas breves observaciones sobre la constitución física de los egipcios, su vestimenta, esperanza de vida, el lenguaje y la escritura. Concluye que el medio geográfico favorable, por su fertilidad y aislamiento, la invención temprana de la escritura y la perdurabilidad de su soporte, junto a la habilidad e inventiva administrativa y técnica de los egipcios, crearon un “ambiente único en el cual la práctica de la medicina pudo desarrollarse y ser conservada en manuscritos” (p. 28).

El capítulo II analiza el conjunto de papiros conocidos de temas médicos: proveniencia, datación, formato y contenido.

En el capítulo siguiente Nunn encara un aspecto importante y complejo de su tema:

la dilucidación de los conceptos de anatomía, fisiología y patología de los antiguos egipcios, sobre la base de las pruebas que aportan los papiros de tema médico. Aquí no se pueden soslayar algunas observaciones con respecto al método empleado. Como señala Nunn, los egipcios contaron con un amplio vocabulario para denominar las partes internas y externas del cuerpo. El procedimiento del autor consiste básicamente en buscar las posibles correspondencias entre los términos anatómicos egipcios y los nuestros. Uno de los párrafos del capítulo se titula “Los nombres de los órganos internos” y se nos dice que “En algunos casos los nombres arrojan luz acerca de la comprensión que tenían acerca de la estructura, localización y funcionamiento de tales órganos” (pag. 64). (cf. también las figuras de las pags 56-57). Hay un problema en todo esto. Nada indica que los egipcios hubieran llegado a un concepto de órgano coincidente con el nuestro. Postular, por ejemplo, la identidad de *ib* o *haty* (pero, ¿son sinónimos?) con corazón y *r-ib* con estómago es desconocer este hecho. Del mismo modo, si analizamos los posibles conocimientos de fisiología de los egipcios partiendo de nuestra idea de sistema (nervioso, circulatorio, respiratorio, etc.), la conclusión que se impone: “las ideas que tenían acerca de la fisiología eran muy rudimentarias y, con frecuencia, equivocadas.” (p. 65), es cuanto menos anacrónica. Con respecto a los conceptos de patología, el autor establece la diferencia entre las lesiones traumáticas, cuyas causas resultaban claras al médico egipcio, y las enfermedades internas, difíciles de comprender y a menudo atribuidas a causas sobrenaturales y reseña las opiniones de los especialistas sobre el significado de algunos conceptos claves como *wekhedu*, *setet* y *aaa*. No se puede reprochar a Nunn que no haya alcanzado conclusiones claras en estas difíciles cuestiones, pero un estudio

de este tipo no debería pasar por alto el hecho de que las ideas egipcias sobre la anatomía, la fisiología y las patologías configuran una constelación que responde a una lógica que no es la nuestra y que es necesario descubrir y comprender antes de juzgar.

El capítulo IV analiza, desde el punto de vista de la moderna paleopatología, la gama de enfermedades que padecieron los antiguos egipcios. Las fuentes de este conocimiento son los estudios de restos humanos, actualmente facilitados por los sofisticados métodos de diagnóstico que se pueden aplicar a esqueletos, restos desecados y momias: tomografía computarizada, endoscopía de fibra óptica, microscopio electrónico, estudio de anticuerpos, ADN. Estos métodos tienen la ventaja extra de que exigen una destrucción mínima o nula del material. Para el mismo fin es útil el estudio de las representaciones humanas (estatuas, relieves, pinturas); pero aquí el autor advierte sobre el grado de convencionalismo presente en el arte egipcio que se hace evidente en casos como los de la acondroplasia de los enanos y la ceguera de los arpistas. Un ejemplo de particular importancia por las interminables discusiones que ha generado es el de las representaciones del período Amarna, especialmente las del rey Akhenatón, al que Nunn le dedica un párrafo en el apartado Enfermedades de la nutrición, endocrinas y metabólicas. La conclusión es que “no hay justificación alguna para hacer un diagnóstico con base sólo en las representaciones del rey”. (p. 102). De especial interés es el análisis de las enfermedades causadas por parásitos “uno de los principales problemas de salud en Egipto hasta nuestros días” (pags. 82-88).

El papel importante que la magia y la religión cumplieron en la medicina egipcia constituye el tema del capítulo V. Cuando la causa del padecimiento era clara, como en el caso de traumatismos, raramente se recu-

rría a los encantamientos mágicos. Ante la etiología desconocida de enfermedades internas se buscaba la curación en lo sobrenatural. Nunn, como muchos egiptólogos, ve “una tendencia general en favor de la práctica mágica a expensas de un acercamiento práctico hacia la medicina” (p. 118) a medida que avanzamos en el tiempo hacia la Época Baja. Esta aseveración es hoy discutida. Hay especialistas, como Ritner, que sostienen que sólo se trata de un incremento cuantitativo de la *evidencia* de prácticas mágicas; para otros, la emergencia de nuevas concepciones ideológicas (lo que Assmann llama la ‘teología de la voluntad’) a partir de época ramésida contribuye a la proliferación de las prácticas mágicas, incluidas las curativas. El autor pasa revista a las distintas categorías de magos que practicaban la medicina, las divinidades intervinientes y la naturaleza de los encantamientos utilizados. La práctica de estos especialistas y sus hechizos no se contraponen a la tarea de los médicos y sus medicamentos, sino que ambos se complementan. Nunn advierte sobre el error que significa “dejar de lado la magia como si careciera de importancia en el proceso de curación, especialmente en el alivio del dolor, fenómeno que es ahora conocido como el efecto placebo” (p. 118)

El capítulo VI está dedicado a los profesionales de la medicina: *sunu*. Nunn realiza un análisis detallado de esta palabra y de los títulos jerárquicos, palaciegos y sacerdotales que la acompañaban. Muchos *sunu* también ostentaban títulos que indicaban su posición como magos profesionales.

La farmacopea egipcia, tema del capítulo VII, estaba –en opinión de Nunn– “dirigida al alivio de los síntomas más que a la erradicación de la causa de la enfermedad” (p. 165). Incluía sustancias de origen mineral, animal y vegetal, administradas por volumen y no por peso. Uno de los problemas

que enfrenta el investigador es la identificación de los productos vegetales: de un total de cerca de 160 medicamentos obtenidos de plantas sólo aproximadamente un 20 % ha sido identificado con certeza.

Los dos últimos capítulos del libro se ocupan de La cirugía, el traumatismo y los animales peligrosos y de Las ramas especializadas de la medicina. No contamos con evidencias de instrumentos quirúrgicos de época faraónica. Con respecto al célebre panel de instrumentos grabados en relieve encontrado en una de las murallas que rodea el templo de Kom Ombo, el autor concluye que se trata ciertamente, en la mayoría de los casos, de artículos quirúrgicos, pero de origen romano. En rigor de verdad, se conservan muy pocas pruebas de tratamientos quirúrgicos; uno de ellos es la escena de circuncisión de la tumba de Ankh-ma-hor (Imperio Antiguo), cuyas interpretaciones son tratadas en detalle. Nuestra mejor fuente para el tratamiento de traumatismos y fracturas es el Papiro Edwin Smith. Una importante sección la constituye el análisis del sorprendente papiro Brooklyn publicado póstumamente por Sauneron como *traité de ophiologie*.

La repetida observación de Heródoto (II, 83) acerca de la especialización de los médicos egipcios ha podido ser sólo parcialmente corroborada. El capítulo de las especializaciones lo dedica Nunn a la ginecología y obstetricia, aunque el autor reconoce que no sabemos quiénes eran los practicantes en estos campos, a las enfermedades de los ojos y a los problemas dentales.

El Epílogo reseña el destino de la medicina egipcia desde el fin de los tiempos faraónicos hasta la época romana. El contacto directo que se establece con los griegos desde su establecimiento en Naucratis durante la dinastía XXVI dió lugar a un "intercambio considerable de información y tec-

nología". No obstante el autor no ingresa en el resbaladizo terreno de la determinación de influencias (como la frecuentemente postulada de la medicina egipcia sobre la escuela cnidia). Durante la época de los tolomeos – nos dice – “parece muy probable que la medicina griega y la egipcia siguieran en principio rutas separadas” (p. 250), pero con el tiempo ambos sistemas aprendieron uno del otro. Con el establecimiento del cristianismo primero, y luego con la llegada de los árabes, la lengua egipcia pasó al olvido y con ella el contenido de los papiros médicos.

La claridad expositiva es una de las cualidades del autor de *La medicina del antiguo Egipto*; lamentablemente esta versión castellana adolece de descuidos de traducción y de innumerables erratas que deberían ser corregidas en una futura reimpresión. Por razones de espacio mencionaremos solamente algunos

– La denominación de las caras de un papiro es imprecisa y contradictoria. Técnicamente se denominan *recto* y *verso* (ya sea que se tenga en cuenta el sentido de las fibras o el comienzo del texto principal) y estos términos pueden ser reemplazados por anverso y reverso respectivamente.

– *metu* es una palabra plural y debe ser tratada como tal.

– En relación a la glosa B del Caso 7 del Pap. E. Smith, p. 61, ‘cord’ es la palabra inglesa ‘cuerda, cordaje’ y debería haber sido traducida.

– La parturienta del Pap. Westcar (p. 234) no es ‘la dama roja *djedet*’ sino la dama *R(w)dddt*, nombre que se transcribe Reddjedet (en castellano se puede optar por Redyedet).

– El contenido de los volúmenes del *Grundriss der Medizin der Alten Ägypter* es correcto en el cuadro II.2, pag. 38, pero los números de los volúmenes están equivocados en el texto, pag. 31.

– El segundo título de la pag. 47 debe decir ‘Los papiros Ramesseum III, IV, y V’.

– En las líneas 42-43 de la pag. 47 debe decir ‘(a principios del Segundo Período Intermedio)’.

– En la leyenda de la figura V.5, pag. 124, debe decir ‘Tercer Período Intermedio’.

– En el encabezamiento del Apéndice B, pags. 256-57, debe decir ‘Imperio Antiguo y Primer Período Intermedio’.

Juan Francisco Coletta

Departamento de Humanidades

Universidad Nacional del Sur

Argentina

OVÍDIO. *A arte de amar*. Tradução de Dúnia Marinho da Silva. Porto Alegre: L&PM, 2001, 167p.

Ovídio é um dos autores latinos mais estudados atualmente; parece que, perdido o preconceito contra o tão propalado aspecto “retórico” (entendendo-se por isso, muitas vezes, coisas diversas) de sua poesia e intensificado o interesse pela polifonia e pela intertextualidade (traços marcantes em sua obra), pôde sua poesia provocar um crescente interesse e suscitar estudos por todo o mundo. No Brasil, há trabalhos recentes sobre Ovídio na pós-graduação das nossas universidades e se têm lançado, nos últimos anos edições de suas obras. Por outro lado, percebe-se que, nas últimas décadas, não poucas editoras brasileiras têm mantido um interesse notável em editar clássicos latinos e gregos. Devemos saudar um fato e outro. Entretanto, deve-se advertir (e esta resenha,

no fundo, tem essa finalidade) para o fato de que, por vezes, as edições que se lançam não têm rigor filológico e/ou são traduções realizadas a partir do francês ou do inglês, sem os devidos cuidados! Traduzir poesia já é um desafio arriscado e considerável, mas traduzir poesia a partir de uma tradução, é mais do que isso. Escolhemos para comentar brevemente os perigos de uma edição menos rigorosa do que conviria, a tradução da *Arte de amar* de Ovídio publicada em livro de bolso pela L&PM. Os livros da coleção (L&PM Pocket) têm um aspecto simpático, preço camarada, e a idéia em si é muito boa, já que facilita a compra de clássicos da literatura mundial aos leitores brasileiros, cujas agruras econômicas nem é preciso mencionar! O livrinho ovidiano traz, além da *Arte*, dois outros opúsculos: *Os remédios para o amor* e *Os produtos de beleza para o rosto da mulher*.

Nós nos centraremos, aqui, na *Arte de amar*, que dá título ao livro. Trata-se de uma obra difícil de verter, e seu tema ligeiro é enganador; lidando com vários registros discursivos, por vezes, o poeta alça o tom e adota um tom religioso e elevado. Ora, traduzir o “tu” do original sistematicamente por “você”, como fez a tradutora, cria o problema do rebaixamento de tom em português nessas passagens. Mas este é um pequeno detalhe, de resto discutível, que apenas apontamos de passagem. Deixemos de lado, também, erros de revisão, como se encontram no prefácio: “Ovídio...morreu em 17, em Tomi (atual Constanta, Romêminia – sic!)”, na página 13. O problema maior são, em alguns momentos, traduções como esta: “Quirão foi preceptor do *filho pequeno de Eaque*”, na página 17. A referência é a Aquiles, o *Eácida*, isto é, o descendente, o neto de Éaco. A impressão que se tem é que a tradutora verteu do francês equivocadamente um “*petit-fils d’Eaque*”! Na página 46,

diga-se, quando o epíteto reaparece, verte-se corretamente “neto de Éaco”. Não se avisa o leitor a respeito da edição que se seguiu, por isso não podemos afirmar que se traduziu a partir do francês, mas esse procedimento (e uma falta de rigor filológico) explicaria expressões como as da página 20: “Pórtico de Pompéia”, ao invés de “Pórtico de Pompeu” e “o Pórtico que tem o nome de Lívio”, por “...o nome de Lívia”, além de “armada” mais de uma vez traduzindo algo cujo equivalente aproximado seria “exército” (por influência do francês *armée*?). Como apontaremos mais abaixo, um dos senões fatais de traduções que procedem de outras traduções (e não são submetidas a uma revisão técnica) é a adoção de nomes próprios equivocados ou injustificáveis em português. De mais a mais, há frases que recebem traduções simplesmente inexplicáveis: “Foi você, Rômulo, quem primeiro jogou a emoção nos olhos” (página 22) para *Primus sollicitos fecisti, Romule, ludos* (verso 101), isto é, literalmente, “Tu, por primeiro, Rômulo, tornaste preocupantes os jogos” (em referência ao rapto das sabinas, praticado num teatro, na versão ovidiana). Uma outra passagem que apresenta tradução injustificável se encontra nas páginas 38-39: “Todo o resto abandone ou às jovens lascivas, ou aos homens que, *contra a natureza*, procuram o amor de um homem”. O original traz *Cetera lascivae faciant concede puellae/ et si quis male uir quaerit habere uirum*, ou, aproximadamente, “O resto concede que façam as moças lascivas ou quem, não muito homem, procura ter um outro homem”. Em suma, onde se foi buscar aquele “contra a natureza”, sério de conseqüências para a interpretação? Num outro momento, a tradução cria um absurdo desmentido pelo próprio contexto. Ovídio aconselha que o interessado na moça que já tem amante finja embriaguez ao se expressar de forma um tan-

to mais ousada na presença do amante (ou marido!, já que o original traz *uir*) e da mulher cobiçada, de forma que este último atribua aos efeitos do vinho um certo atrevimento: “Diga: “Saúde àquela que eu amo; saúde àquele que partilha seu leito”, mas interiormente deseje “Morte a seu amante”” (página 42). Ora, o preceptor da *Arte*, mestre nas estratégias da dissimulação, não incitaria o discípulo a se entregar dessa forma... O original diz *Et bene dic dominae, bene cum quo dormiat illa,/ sed male sit tacita mente precare uiro* (I, v. 601-602), ou seja: “E diga “saúde!” a tua senhora, “saúde!” àquele com o qual ela esteja dormindo/ mas silenciosamente amaldiçoe o seu homem (ou ‘marido’)”. Ou seja, em Ovídio, o discípulo apenas saudará com um brinde àquela a quem ama sem revelar que a ama, logicamente...

Poderíamos apontar outros senões. Mas gostaríamos de concluir apontando outras duas obras de Ovídio traduzidas, mais ou menos explicitamente, de outra tradução, uma do francês, outra do inglês:

OVÍDIO. *Cartas de amor. As Heróides*. Tradução de Dúnia Marinho Silva. São Paulo: Landy, 2003.

OVÍDIO. *Metamorfoses*. Tradução de Vera Lucia Leitão Magyar. São Paulo: Madras, 2003.

A primeira, realizada a partir do francês, ao que parece (embora a edição traga apenas “Título da versão francesa: Lettres d’amour – Lês Héroides” e “prefácio e notas de Jean-Pierre Néraudau e Éditions Gallimard”, podendo dar a entender, pois, que a tradução para o português propriamente dita é original), é materialmente bem cuidada e agradável. Não a podemos examinar aqui, mas logo no prefácio, vê-se um “vet” ao invés de *ut*: vale a advertência para que as editoras se preocupem mais com a revi-

são. Quanto à segunda, que tem uma capa de gosto duvidoso (íamos dizendo “brega...”), feita a partir do inglês, traz nomes próprios como *Ocean* (por “Oceano”), Menad (por “Mênade”), Sibil (por “Sibila”). Faltou, pelo menos, um revisor técnico que corrigisse essas grafias inadmissíveis. Mas a tradução já se inicia de forma pouco feliz:

“Minha intenção é contar histórias
sobre corpos que
Assumem diferentes formas; os
deuses,
Que promovem essas transformações
Me ajudarão – pelo menos, assim
espero – com um longo poema
Que discorre sobre o início do mundo
e se estende até os nossos dias”.
(página 9)

Note-se o espaçamento canhestro dos versos, a pontuação deficiente; e nem tocamos na questão da qualidade poética, literária, pois que esta simplesmente evaporou-se. Aliás, na consideração das três obras aqui mencionadas, não discutimos a qualidade literária das traduções. A nosso ver, existem traduções que, apesar de não terem pretensões de criar texto poético em português, justificam-se pelo objetivo da divulgação; se

forem bem cuidadas, solidamente fundadas no estudo filológico do texto de partida, amparadas por notas e comentários explicativos, cumprem seu papel, por mais que só transmitam ao leitor uma pálida sombra do valor estético do original, ou nem isso. Que as editoras continuem investindo nos clássicos! Saudemos esse movimento editorial benéfico não apenas para o nosso campo de estudos como também para a vida cultural do país, já que se está começando a reverter a notória escassez de traduções das obras greco-latinas para o português brasileiro. Entretanto, deve-se investir também num cuidado criterioso com os aspectos propriamente científicos ou filológicos das edições. Que se tenha maior rigor, em suma, neste momento em que já existem, pelo menos, a boa vontade e as boas intenções.

PAULO SÉRGIO DE
VASCONCELLOS

Departamento de Lingüística do
Instituto de Estudos da Linguagem
Universidade Estadual de
Campinas